Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El jugueteo de los Brownies

Érase una vez, en una tierra mágica de fantasía, siete niños conocidos como los Brownies. Eran criaturas juguetonas y traviesas, siempre ataviadas con ajustados trajes marrones que terminaban en punta, con gorros de punta a juego. Cada uno de ellos llevaba una linterna de calabaza, en cuyo interior brillaba una vela y sonreía como si compartiera sus travesuras.

Un día, los Brownies decidieron aventurarse en el corazón del pueblo cercano en vísperas de Halloween. El primer Brownie, llamado Frolic, siendo el más atrevido, encabezó el grupo. Dejaron sus linternas en fila en la plaza del pueblo, creando una fila de siete sonrientes linternas de calabaza bajo la luz de la luna.

Frolic empezó entonces a dar volteretas en el aire antes de aterrizar en medio de la plaza. Sus amigos lo observaban con una amplia sonrisa, con los pies estirados ante él.

Justo entonces, el segundo Brownie se acercó sigilosamente a Frolic y se abalanzó sobre él, gritando: —¡Te tengo, Frolic! —y los dos rodaron por la hierba, riendo a carcajadas, antes de levantarse y bailar alrededor de la plaza.

El tercer Brownie no pudo resistirse y se interpuso entre los dos.

—¡Háganme lugar! —exigió, y pronto estaban todos haciendo payasadas juntos. Esta alegría contagiosa continuó hasta que los siete Brownies corrieron, rieron y armaron un alegre alboroto en la plaza del pueblo. Luego, por turnos, cada Brownie corría hacia el frente de la plaza, hacía muecas graciosas y se inclinaba ante el público imaginario, tratando de superarse unos a otros.



Frolic, de pie en el centro de sus payasadas, gritó:
—¡Saltemos como conejos, al frente de la plaza!
Hicieron lo que Frolic sugería, saltaron de repente y se dispersaron por las esquinas de la plaza, riendo y gritando todo el tiempo.
Finalmente, todos se reunieron en el centro, uniendo sus manos y saltando en círculo.
—¡Somos un montón de harapos! —exclamó uno de ellos, y todos se rieron de la tonta imagen que había creado. Tras su juguetón revoloteo, cada uno tomó su linterna y se puso a cantar una canción, resonando sus voces en la tranquila aldea.
—Ya vienen los Brownies, ¡oh, oh, oh! —cantaban, armonizando sus voces mientras se balanceaban con sus linternas encendidas. Cantaban sus travesuras, sus bromas, se burlaban de los perros, asustaban a los gatos y volaban en el lomo de los murciélagos. Cantaban que

les encantaba asustar a los niños con sus linternas de calabaza y hacer ruidos extraños para asustar a los transeúntes.
Después de la canción, cada Brownie recitó un verso sobre sus propias travesuras. El primero hablaba de lo enérgicos y vivaces que eran, el segundo de sus logros en las travesuras, y el tercero de cómo le gustaba asustar a los gatos y volar sobre los murciélagos.
Con una gran floritura, terminaron su canción y su estrofa con un sonoro:
—¡Cuidado! ¡Estaremos en tu casa esta noche!
Con una ovación final, cada Brownie recogió su linterna, prometiendo volver con más bromas y diversión.
A la mañana siguiente, cuando los niños del pueblo se asomaron a sus ventanas, encontraron una hilera de sonrientes linternas de calabaza en la plaza del pueblo, señal indudable de la travesura de los Brownies a medianoche. Sus risas llenaban el aire mientras esperaban con impaciencia el próximo Halloween y el regreso de los traviesos Brownies. Y así, la historia de los siete Brownies se convirtió en un entrañable cuento para dormir, transmitido de generación en generación, que mantiene vivo el espíritu de Halloween durante todo el año.